

Florenxia, octubre de 1966

En el duermevela alargó la mano buscando el cuerpo caliente de Elvira, pero tan solo encontró la áspera sábana de lino y recordó que se había marchado. Se tumbó de espaldas y escrutó la oscuridad. Otra mujer había entrado en su vida y había salido de ella enseguida, como un proyectil que atraviesa la carne. Quizá la mujer que le correspondía nacería dentro de cien años, o quizá ya hubiese, nacido, vivido y muerto. Fuese como fuese, jamás la conocería.

Cada vez que se volvía a encontrar solo veía delante de él un mundo desconocido que debía reconstruir. Una suerte de renacimiento que ocultaba cierto sentido de libertad bajo la inquietud...

¿Qué hora sería? Echó un vistazo por los postigos y no vio luz entre las láminas. Estaba destrozado. La esperanza de encontrar vivo al chico se iba reduciendo a medida que pasaban los días. Trece años recién cumplidos, pelo castaño, ojos marrones, un metro y cuarenta y siete de estatura. Un muchachito tranquilo, estudioso y obediente. ¿Y si solo se hubiese escapado de casa? A los trece años es normal hacer ese tipo de estupideces...

Hubiese dado cualquier cosa para que fuese así, solo que esa posibilidad le parecía a decir poco remota. Solía hablar de ello con Piras, el joven que era su mano derecha, pero también el sardo se mostraba pesimista. No habían logrado dar ni un solo paso adelante, no tenían la menor prueba a la que aferrarse...

El sonido del timbre lo sobresaltó, y se acordó de Botta. Era lunes. Su amigo, el ex preso, le había arrancado la promesa de que irían juntos a buscar setas a las colinas que dominaban Poggio alla Croce. «Es el momento adecuado», había dicho Botta.

Después de muchos días de lluvia había salido el sol y la temperatura había subido. El lunes era un día ideal: ninguna familia de paseo y pocos cazadores. Bordelli no era un gran apasionado de las setas, no entendía una palabra sobre ellas, y nunca había salido a buscarlas. Pero un paseo por el bosque le sentaría bien. La obsesión por ese chico lo estaba minando.

Rodó fuera de la cama y al asomarse a la ventana sintió el aire fresco en la cara. El cielo seguía estando negro y le pareció vislumbrar una sombra en la acera.

–¿Eres tú, Ennio? –preguntó en voz baja.

–No, soy la Befana*...

–Sube, te invito a un café. –Cerró los cristales sin hacer demasiado ruido y, descalzo, se dirigió a abrir la puerta. Se puso a toda prisa los pantalones y se lavó la cara con agua fría para despejarse. Cuando Botta lo vio con la camiseta de tirantes abrió los brazos.

–No me diga que estaba durmiendo, comisario... Son ya las cinco y media...

–Pon el café, vuelvo enseguida. –Acabó de vestirse, sacó del armario un par de botas viejas y se reunió con Botta en la cocina. Apuraron el café de un sorbo y salieron. En el silencio de San Frediano el motor del Escarabajo emitía un estruendo infernal. En la plaza Tasso giraron a la izquierda. La avenida Petrarca estaba desierta bajo el cielo oscuro. Llegaron a Porta Romana y enfilaron la avenida de Poggio Imperiale. El Escarabajo retumbaba como un tanque en las subidas.

* La Befana, o Bruja, es una figura típica del folclore de algunas partes de Italia. Su nombre deriva de la palabra Epifanía, a cuya festividad religiosa va unida. La leyenda sostiene que la Befana visita a los niños la noche anterior al 6 de enero para rellenar los calcetines de chokolatinas y caramelos (*N. de la T.*)

MUERTE EN FLORENCIA

–Prométeme una cosa, Ennio.

–Soy todo oídos...

–En caso de que no encontremos ninguna seta te ruego que no te echés a llorar.

–Me está pidiendo algo imposible, comisario. Encontraremos tantas que hasta tendremos que dejarlas en su sitio.

–¿Estás seguro?

–Usted ocúpese de lo suyo, que lo hace bien... y deje a los demás lo que no sabe.

–Me gustaría ser tan optimista como tú. –Pensaba en el muchachito desaparecido y casi se sentía culpable de perder tiempo buscando setas. Pero ¿qué podía hacer? ¿Amargarse en la oficina mirando las fotografías del pequeño Giacomo? ¿Le habría servido para algo?

–Tenemos que hacer una cena con las setas de calabaza –dijo Botta seguro de sí mismo. El comisario no le contestó. Por el momento no le apetecía lo más mínimo organizar cenas con los amigos, antes quería encontrar a Giacomo Pellissari. Ahora, sin embargo, no debía pensar en él. Sentía la necesidad de dejar reposar el cerebro. Darle tantas vueltas a esa idea era mucho más agotador que correr en pos de la presa.

Llegaron a Poggio alla Croce con los faros todavía encendidos y aparcaron en una explanada de hierba húmeda. No tardaría en amanecer. La cúpula pálida del cielo parecía una enorme cáscara de huevo. Bordelli se calzó las botas y empezaron a subir envueltos en el aire frío. El sendero era escarpado, lleno de piedras y de barro. Botta caminaba balanceando la cesta en un costado. Pasado un minuto los dos hombres jadeaban ya y exhalaban nubes de vapor por la boca.

Más allá de las colinas el cielo tenía una tonalidad verdosa y los pájaros del bosque empezaron a enloquecer. La neblina que flotaba en el aire olía a hojas podridas. Bordelli vio resplandecer en la penumbra una fina tela de araña cargada de minúsculas gotas de rocío, y recordó un alba de 1944. Regresaba de una ronda con

seis hombres de su pelotón y en la oscuridad había visto brillar unas gotitas idénticas a esas a lo largo de un hilo, tan fino como un pelo, que se extendía horizontalmente de un árbol a otro. Solo que no era una tela de araña. Arrancando ese hilo se accionaba una mina «bailarina», una bomba que, antes de estallar, se balanceaba en el aire a la altura de la barriga. Había visto morir a varios de sus compañeros destripados por las astillas de esos juguetes.

—Por aquí, comisario —susurró Botta como si alguien pudiese oírlos. Abandonaron el sendero y se adentraron en el bosque. Subían a duras penas agarrándose a los árboles más finos.

Bordelli observaba el cielo entre las copas de los castaños. Sin saber muy bien por qué, la contemplación del alba siempre le había producido una gran melancolía. Durante la guerra veía amanecer casi todos los días y en cada ocasión pensaba que podía ser la última.

El cielo se tiñó de morado, luego de naranja, y poco después se hizo de día. Botta escudriñaba el terreno como si estuviese siguiendo un sendero inexistente. De repente se detuvo para indicar algo. Entre las franjas de niebla algunos jabalíes escapaban silenciosos hacia la cima de la colina emanando vapores por la piel. Para los que frecuentaban los bosques no debía de ser nada especial, pero el comisario se sintió embargado por una emoción infantil. Solo había visto a los animales salvajes escabulléndose entre los árboles cuando salía a patrullar por las colinas, y cada vez los había apuntado con la metralleta sintiendo el corazón en un puño. Ahora, en cambio, podía disfrutar del espectáculo.

Siguieron subiendo. Botta no aminoraba la marcha, al contrario, en determinados momentos parecía incluso que apretaba el paso. El comisario sentía que el corazón se le aceleraba y le fallaban las piernas. Los cincuenta y seis años y los cigarrillos pesaban. Y pensar que en tiempos de San Marco andaba hasta veinticinco kilómetros al día cargado con la mochila llena de armas... ¿Por qué debía pensar siempre en esa sucia guerra? ¿Acaso no era capaz de disfrutar tranquilamente del paseo?

Botta se inclinaba de vez en cuando hacia el suelo para examinar setas extrañas, algunas finas y blanquecinas, otras oscuras y turgentes, ciertas de una fragilidad extrema, y, con aire enfurruñado, mascullaba nombres científicos o vulgares. Pero al final las dejaba y seguía subiendo.

–¿Por qué no la coges? ¿Es venenosa? –preguntaba Bordelli a sus espaldas. Botta cabeceaba.

–O setas de calabaza o nada –decía con aire solemne antes de sumirse de nuevo en el silencio. De repente se detuvo y abrió desmesuradamente los ojos.

–Puede que no me crea, comisario... pero yo siento las setas de calabaza, no necesito escarbar en todos los rincones del bosque.

–No te preocupes, conozco un psiquiatra magnífico –dijo Bordelli.

–No me cree, ¿eh?

–Hago lo que puedo.

–Ya está... –dijo Botta inspirado.

–¿Qué pasa?

–Las setas están ahí. –Señaló a lo alto y, un segundo más tarde, echó a correr. El comisario lo dejó avanzar, no lograba ir a su ritmo. Todavía notaba en las piernas la cena de la noche anterior en la taberna de Cesare: *pappardelle* a la liebre, lomo de cerdo asado con patatas y el vino de Apulia de Totò. Vio desaparecer a Botta por detrás de los troncos negros de los castaños. Siguió subiendo, sudando de fatiga. Pasado un cuarto de hora desembocó en un sendero ancho y se paró.

–Ennio... ¿dónde estás?

–Estoy aquí, comisario –murmuró Botta. El comisario lo divisó arriba, a unos cincuenta metros, inclinado en medio del bosque. Echó de nuevo a andar y se acercó a él.

–Procure no pisarlas –dijo Botta alarmado. Estaba arrodillado y, valiéndose de un pincel corriente de cerdas, cepillaba delicadamente unas gruesas setas de calabaza. A su alrededor había decenas de ellas.

–Entonces es cierto que las sientes... –comentó Bordelli sinceramente asombrado.

–¿Alguna vez he hablado por hablar, comisario? –Ennio estaba serio y concentrado. Seguía cepillando las setas con unos gestos que parecían inspirados por una religión arcaica. Bordelli debía esperar a que Botta finalizase su tarea, de forma que se sentó en una roca. Su mirada rebotaba en los troncos de los castaños buscando un animal al que espiar. Pero lo único que se movía eran las hojas que caían desde lo alto. Se soltaban de improviso y revoloteaban hasta llegar al suelo recitando, sin saberlo, la famosa poesía. Envuelto en esa paz silenciosa el comisario volvió a pensar en Giacomo Pellissari, en sus padres desesperados, en las interminables discusiones con Piras... ¿Cómo era posible que un chico desapareciese así, de la noche a la mañana?

–Serán, por lo menos, dos kilos –dijo Botta sopesando la cesta llena. Sonreía como el ganador de una batalla.

–Estoy sinceramente admirado –suspiró el comisario poniéndose en pie.

–Demos una vuelta más. –Reemprendieron el ascenso hundiendo los pies en las hojas muertas en tanto que los merlos giraban entre los árboles. Avanzaban en silencio, uno detrás de otro. Botta guiaba, por descontado.

–¿Puedo preguntarte una cosa, Ennio?

–Oigamos...

–¿Qué haces ahora para ganarte el pan?

–¿Hablo con el comisario o con el hombre?

–Con el hombre.

–Hago lo que siempre he hecho.

–¿El ladrón o el estafador?

–Qué terribles palabras...

–Son las únicas que conozco.

–Digamos que aplico una política de redistribución de la riqueza a la espera de que se promulguen leyes más honestas.

–Me conmueves...

–Aquí arriba puede llorar cuanto quiera, no se lo contaré a nadie –dijo Botta sin dejar de escrutar el terreno.

–¿Por qué no te dedicas a un trabajo normal, Ennio? Lo digo por ti. Como criminal siempre has sido un desgraciado, no dejas de meterte en líos.

–No tengo ninguna intención de volver a la cárcel, comisario.

–Podrías ser cocinero...

–Bueno, puede que un día abra una taberna.

–¿Con qué dinero?

–Si me sale bien cierto negocio... –Ennio se interrumpió de golpe, emitió un largo gemido y abrió los brazos.

–¿Te encuentras mal? –preguntó Bordelli.

–Mire aquí, comisario... La primera oronja de la temporada –suspiró Botta exaltado. Una especie de bolita casi naranja se asomaba entre las hojas.

–Trataré de no echarme a gritar de alegría –dijo Bordelli.

–Usted no lo puede entender, comisario. Es como besar por primera vez a una mujer.

–No sabes lo que dices...

–Qué maravilla –susurró Ennio cogiendo la seta con delicadeza.

–¿No buscabas solo setas de calabaza?

–Debe de haber más –dijo Botta ignorándolo. Envolvió la oronja en un pañuelo, se la metió en el bolsillo e inspeccionó el terreno circunstante. Encontró seis más. Parecía muy satisfecho.

–Por hoy será suficiente, no hay que ser codiciosos –afirmó. Bordelli comprobó la hora, todavía no eran las nueve.

–Aquí arriba se está bien, es una maravilla –suspiró mirando en derredor. Un instante después resbaló encima de una gruesa piedra y se encontró sentado en el suelo. Se levantó dolorido haciendo caso omiso de las carcajadas de Botta. Se había manchado los pantalones de barro y le zumbaban los oídos a causa del golpe.